Cuando Aristóteles no era más que un cachorrito, no tenía ni idea de que los gatos tienen nueve vidas. Sin embargo, su madre sí lo sabía. “Pero no se lo voy a decir”, pensó. “Con lo travieso que es, porque es mucho más atrevido que sus hermanos y hermanas, se meterá en todo tipo de líos si se entera de que tiene nueve vidas para jugar con ellas”.

—Adiós —fue lo único que le dijo el día que Aristóteles se fue de casa para irse a vivir con una anciana.

Se trataba de una viejecita curiosa, de nariz ganchuda y mentón abultado, vestida de negro, y con un alto sombrero negro sobre un pelo enmarañado y canoso.

Su nombre era Bella Donna, y fue ella quien decidió llamar a su nuevo gatito Aristóteles.

—En realidad —dijo—, debería tener un gato negro; pero está bien cambiar y tener uno blanco.

El mismo día que se fue a vivir a la vieja y graciosa casa de Bella Donna, decidió explorarla de arriba abajo... O, mejor dicho, de abajo arriba, porque después de echar un vistazo a los cuartos del piso inferior y después a los del superior, pensó que le gustaría subir al tejado.

El tejado estaba hecho de paja, así que cuando Aristóteles se encaramó por la enredadera que crecía por los muros de la casa, no tuvo problemas para caminar sobre el heno hasta la única chimenea que había.

Entonces, Aristóteles, que era muy curioso como todos los gatos, trepó por la chimenea, se asomó y se preguntó para qué serviría aquel agujero.

En ese mismo instante, una gran bocanada de humo salió por el hueco de la chimenea y golpeó a Aristóteles en la cara. Entonces, el gatito empezó a toser y a estornudar, perdió el equilibrio y cayó por la chimenea.